

Conociendo el vacío*

IRIS MURDOCH

Existe una persistente concepción del filósofo como alguien que percibe la unidad en las diferentes ramas del conocimiento y ofrece, a partir de su propia meditación al respecto, una lección para su época. Los primeros filósofos fueron de esta clase, pero desde entonces no todos se han ajustado a esta imagen y la mayoría de los filósofos contemporáneos están particularmente ansiosos por señalar que se trata de un falso retrato. Simone Weil puede ser considerada como una pensadora de este tipo. Los *Cuadernos*¹ nos presentan sus pensamientos en una forma asistemática y fragmentaria que, sin embargo, pone en evidencia su apasionado esfuerzo por relacionar la filosofía con su propia experiencia personal. La naturaleza de esta lucha, junto con al menos una de sus doctrinas, podría justificar el título de «existencialista» –a pesar de que las fuentes de su pensamiento, ancladas en la filosofía antigua y oriental, están lejos de los orígenes tradicionales del existencialismo.

El texto completo de los *Cuadernos* es de largo más interesante que la selección publicada con anterioridad. Tal selección tiende a leerse como una serie de epigramas, mientras que el presente libro, con sus obsesivos giros alrededor de ciertas ideas, nos deja ver las direcciones fundamentales de la mente de la autora. Esto no es algo que uno se tomaría la molestia de saber en el caso de cualquier autor, pero en el de Simone Weil vale la pena conocerlo. Weil toma como texto propio una amplia variedad de pensamiento europeo y oriental, pero sólo habla de lo que ha comprendido y transformado completamente mediante su propia meditación. Leer sus escritos es el recordatorio de un estándar.

Hay varios y diferentes «senderos» que nos conducen a través de los *Cuadernos*, algunos de los cuales sé que me he perdido. De un modo más evidente, acaso, la autora puede ser vista como platonista. Cree que el Bien es una realidad trascendente y que el Bien y el Mal están relacionados con los modos del conocimiento humano. Está decidida a considerar todo como potencialmente relacionado con todo lo demás, en una visión intensamente sintetizadora que deleitará a algunos lectores y exasperará a otros: especialmente a aquellos que consideran que la primera lección de la filosofía, desde Hume, es que nada está relacionado. «Los dos puntos esenciales de la dialéctica platónica: *la contradicción y la analogía*. Los dos constituyen medios de abandonar el *punto de vista*».² Estos son sus métodos y esa su meta.

* I. Murdoch: «Knowing the Void», en: *Existentialists and Mystics: Writings on Philosophy and Literature*, Nueva York-Londres, Penguin, 1999, pp. 157-160. Originariamente publicado en *The Spectator*, nº 2, Noviembre 1956, pp. 613-614.

1 S. Weil: *The Notebooks of Simone Weil*, 2 vols., trad. y ed. Arthur Wills, G. P. Putnam's Son, Londres, 1956. Traducción al castellano: S. Weil: *Cuadernos*, trad. y ed. Carlos Ortega, Madrid, Editorial Trotta, 2001.

2 Cfr. S. Weil: *Cuadernos*, cit., p. 182. Las referencias al texto de Weil no aparecen en el escrito de Murdoch, pero hemos optado por introducir las para facilitar su localización.

Se nos presenta una psicología cuyas fuentes están en Platón, en la filosofía oriental y en las disciplinas del misticismo cristiano y que, sin embargo, se relaciona con problemas contemporáneos en torno a la fe y a la acción. El alma está compuesta por partes, y la justicia, y también la fe, consisten en que cada una de estas partes interprete su propio rol. «Los elementos bajos de mí mismo deben amar a Dios, pero no excesivamente. Pues no sería Dios». ³ No sabemos lo que somos (la lección del psicoanálisis). Hasta que lleguemos a ser buenos, estamos a merced de fuerzas mecánicas de las cuales la «gravedad» es la imagen general. Si damos más de lo que consideramos natural y fácil, puede que odiamos al destinatario. Quien sufre comunica su sufrimiento maltratando y angustiando a otros. Todos los seres tienden a utilizar todo el poder del que disponen. «Una acción virtuosa puede rebajar siempre que no haya energía disponible en el mismo grado». ⁴ (Necesidad de un nuevo concepto de energía en sociología y psicología). Hacemos avances al resistir al mecanismo: pero no hay recompensa. La energía y la imaginación están del lado de las bajas motivaciones. Resistir la gravedad es sufrir el vacío. Durante nuestro aprendizaje, el bien aparece como negativo y sin valor. Meditar sobre «los absurdos que arrojan alguna luz» ⁵ nos ayuda. Cuando verdaderamente nos damos cuenta de la imposibilidad del bien, lo queremos, como cuando adoramos los misterios de una religión. (Hay una teoría del arte aquí implícita. Todo arte es religioso). Es de la meditación y no de la acción de lo que el progreso depende. «La acción es el fiel de la balanza. No hay que tocar el fiel, sino las pesas». ⁶ «Creemos que el pensamiento no compromete, pero compromete por sí solo». ⁷ Es infructuoso actuar por sobre el nivel natural de uno mismo. (Lección del Bhagavad Gita).

Estas son palabras duras y no articulan una filosofía reconfortante. Nadie sabe mejor que Simone Weil que el sufrimiento puede ser inútil y suele ser degradante. Su pensamiento vuelve continuamente a la destrucción de ciudades, al exterminio de personas, a prisiones y lugares de tortura: pero observa que sólo podemos pensar que el sufrimiento purifica porque lo vemos como pura aflicción, mientras que quien sufre no ve la aflicción, sino el consuelo imaginario. Su concepto de «el vacío», que debe ser experimentado logrando el desapego, difiere de la *Angst* del existencialismo más popular, en que la *Angst* es comúnmente pensada como algo cuyas circunstancias se le imponen al hombre, mientras que la experiencia del vacío es un logro espiritual que implica el control de la imaginación, esa «reparadora de desequilibrios». ⁸ El progreso espiritual se logra a través de la meditación: una visión que es contraria (y algunos pueden pensar, un bienvenido correctivo) a la ética anglosajona contemporánea, con su énfasis exclusivo en la acción y la elección y su descuido de la «vida interior». Aquí, por extraño que parezca, la filosofía anglosajona y el existencialismo más difundido están del mismo lado, con su urgente reclamo de «¡Tenemos que decidir!» –una doctrina que es, después de todo, reconfortante para nosotros, pecadores que vamos tropezando a lo largo de una vida de equivocaciones

3 *Ivi*, p. 329.

4 *Ivi*, p. 282.

5 *Ivi*, p. 663.

6 *Ivi*, p. 496.

7 *Ivi*, p. 267.

8 *Ivi*, p. 299.

continuas. Pero Simone Weil enfatiza «espera» y «atención». «Poner atención hasta el punto en que ya no quepa más opción».⁹

Se puede tener la sensación de que esta es una filosofía antidemocrática. Platón, de hecho, no era democrático. Su seguidora es aquí sin dudas no-utilitarista, y en un sentido, no-liberal; características que la convertirán en una extraña para muchos. Weil tiene pensamientos peligrosos. ¿Por qué no puede la ciencia volver a ser una imagen del universo a través de la cual podemos participar en la realidad? La astronomía y la química son formas degradadas de la astrología y la alquimia. En cierto sentido, la Iglesia tuvo razón en condenar a Galileo. Las cosas han ido mal desde el Renacimiento, porque en ese momento rechazamos a la Iglesia en favor de una concepción no cristiana de Grecia. Gran parte de esto podría tener una resonancia negativa —especialmente porque es defendido con argumentos en los que la búsqueda de la analogía parece haber llevado a la escritora demasiado lejos: por ejemplo, leyendo significados cristianos en los mitos griegos. Por otra parte, Simone Weil es también la autora de uno de los escasos tratados políticos profundos y originales de nuestro tiempo, *L'Enracinement*.¹⁰ De acuerdo con Weil, nuestras categorías políticas colapsaron, y esto quizás sea instructivo.

La personalidad que emerge de estos escritos no siempre es atractiva, pero impone respeto. Weil es por momentos desequilibrada y muy poco precisa. Lava la imagen de Platón sugiriendo que en realidad desaprobaba la esclavitud y que tenía aversión sólo por el arte decadente. Se niega a decir alguna palabra elogiosa sobre los judíos: la única ciudad sobre la que no se lamenta es Jerusalén. «Pero lo que hicieron los hebreos casi siempre fue exterminar, al menos antes de la destrucción de Jerusalén».¹¹ Por momentos, parece casi demasiado dispuesta a abrazar el mal y a amar a Dios como su autor; muchos lectores pueden encontrar en su austeridad un atributo repulsivo y autodestructivo. (Una figura que la obsesiona es T. E. Lawrence). Weil hace suya la afirmación griega de que «filosofar es aprender a morir»¹² —y es difícil no creer que, de algún modo, deseó su propia y temprana muerte—. Sin embargo, la otra cara de esto es la percepción, detrás de sus escritos, de una vida profundamente disciplinada: la unión de una búsqueda apasionada de la verdad con una sencillez y austeridad en la vida personal, confiere a lo que escribe una autoridad que no puede ser imitada. Es alguien que, como el «pensador subjetivo» de Kierkegaard, no se limita a transmitir información, sino que debe ser entendida, más correctamente, como un ejemplo.

Weil cita con aprobación la frase «[l]a ciencia de las religiones está todavía por dar su primer paso».¹³ Sus *Cuadernos* pueden ser recomendados a aquellos que estén buscando indicios para tal ciencia. Muestran el modo en que la idea de lo sobrenatural emerge necesariamente de una meditación seria sobre el bien y el mal y la muerte y el azar. Pero, como Simone Weil señala, los misterios darán paso a la verdad sólo ante una atención religiosa. Esta era su razón principal para no convertirse al cristianismo, ya que otros misterios pueden ser igualmente ricos en verdad; y, de hecho, así los considera. Cualesquiera sean las creencias últimas de cada uno, estas «verdades» y el modo de su aparición conforman

9 *Ivi*, p. 396.

10 S. Weil: *Echar raíces*, Madrid, Trotta, 1996.

11 S. Weil: *Cuadernos*, cit., p. 260.

12 *Ivi*, p. 296.

13 *Ivi*, p. 419.

una realidad que no se puede descuidar, y para la que todavía tenemos que idear un método de estudio. Los *Cuadernos* pueden también recomendarse a aquellos que imaginan que las técnicas filosóficas actuales pueden mostrar fácilmente que las afirmaciones teológicas no tienen valor. «Para estudiarlo [lo sobrenatural] en sí mismo, antes hay que ser capaz de reconocerlo».¹⁴

[Traducción de Anabella Di Tullio Arias]

¹⁴ *Ivi*, p. 420.